

Tema III. - ARTE

TENDENCIAS ACTUALES DE LA ARQUITECTURA

Ponente. Juan de Zavala, Arquitecto

TENDENCIAS ACTUALES DE LA ARQUITECTURA

Es difícil resumir el tema *Tendencias actuales de la arquitectura*. La arquitectura de hoy se revela como una manifestación más de la incertidumbre por que atraviesa el mundo. Por eso conviene que examinemos las causas que en la actualidad determinan sus varias manifestaciones. Más que un análisis de la arquitectura misma, hemos de buscar los orígenes de la diversidad con que se nos muestra. Porque esta diversidad de la arquitectura actual, y aun lo transitivo de sus formas, está ya latente en la vaguedad del enunciado propuesto: *Tendencias actuales de la arquitectura*, no estilos ni características de la arquitectura de hoy. Y así, la inquietud espiritual de nuestra época, la dificultad para señalar en cualquier disciplina una orientación que tenga carácter general y pueda considerarse vigente durante un período de relativa estabilidad, se acusa también si pretendemos establecer definiciones que marquen a la arquitectura unas normas concretas que puedan ser garantía de su futuro desenvolvimiento: hoy no hay aún, a pesar de la larga época de tanteos por la que ha pasado, no ya un estilo, sino tampoco un carácter de arquitectura que tenga en sí la fuerza y el rigor que nacen de la seguridad en el concepto originario. Hay, en cambio, *tendencias*, modos posibles de creación; pero claro es que con todas las características de variabilidad e indecisión que lo impreciso del vocablo lleva en sí implícito.

LAS DOS CORRIENTES ACTUALES DE LA ARQUITECTURA

Y entre estas tendencias distintas, dos grandes grupos se manifiestan, no sólo diferentes, sino contrapuestos: uno, con un empeño de continuidad; otro, con un propósito de cambio absoluto, más que de renovación; aquél, más seguro en el manejo de los elementos de que dispone; éste, con un camino más difícil, pero con unas posibilidades que al otro grupo aparecen cerradas.

(Deliberadamente se evita aquí el empleo del término *clásico*, por responder a un concepto de otro orden. Puede existir un propósito de renovación, con empleo de formas absolutamente modernas, pero dentro de unas normas clásicas de ordenación de los elementos; y, por el contrario, pueden usarse formas y elementos tradicionales dentro de una composición que, por sus características y su trazado, sea por completo moderna.)

Y es difícil marcar una directriz aceptable por todos, pues la determinación en uno u otro sentido será consecuencia del criterio que en cada caso se adopte. Pero si no podemos señalar cuál sea la ruta más acertada, conviene, al menos, analizar las distintas *tendencias*; aclarar nuestros conceptos acerca de las condiciones a las que la arquitectura ha de responder y con las que nuestra labor tiene que desarrollarse, ya que no fijar una posición doctrinal que nos muestre el camino de «la verdadera verdad».

LAS IDEAS COMO DETERMINANTES DE LA ARQUITECTURA

Porque una de las causas de la desorientación actual de la arquitectura es la escasa importancia que se da a las ideas originarias, las que quedan relegadas a un segundo término, disminuídas por la preponderancia que toman las condiciones materiales de aplicación, que aparecen como primordiales; equivocación grande ésta, a nuestro juicio, pues si la idea es lo fundamental en toda disciplina, más que la técnica misma,

en la nuestra esta importancia se hace aún más evidente. Las formas determinantes de la arquitectura siempre han sido producto de una idea; más todavía: del espíritu de la época, que se hace patente en la arquitectura. Y esto, lo mismo en las épocas clásicas que en el período gótico y en el Renacimiento; en el arte barroco que en el romanticismo. Por ello, en la difícil situación presente del mundo, este análisis se hace más preciso, ya que, además, la complejidad de las técnicas actuales, los múltiples materiales que se utilizan, la distinta manera de aplicarlos, contribuyen todavía a hacer más difícil nuestra determinación y a que, en esta dificultad, consideremos muchas veces como *fin* lo que no es sino *medio*. Y aun hemos de añadir la variación que ha de imponer a la arquitectura el cambio originado por los factores no ya puramente ideológicos, sino sociales y morales que vemos modificarse todos los días: la vida ha cambiado; han cambiado los conceptos de la familia y del hogar; cambian los elementos de trabajo que diariamente manejamos todos, incluso las personas a las que los menesteres más humildes están encomendados. Creer que a todo esto pueda ser ajena la arquitectura y que nuestras obras hayan de resultar únicamente de la elección de las formas que nos sean más o menos agradables, es cerrar los ojos a la realidad.

EL DESARROLLO DE LA ARQUITECTURA MODERNA

Pero esas dos corrientes que determinan los dos grandes caminos que la arquitectura actual nos ofrece no se inician hoy, sino que tienen su origen en el racionalismo originado a fines del siglo pasado por la aparición de los nuevos materiales de construcción, y en el «modernismo» que le siguió como consecuencia de querer buscar unas nuevas formas de expresión de acuerdo con el nuevo espíritu de la época. Este modernismo, que tan poderosamente se manifestó en la arquitectura europea—y cuyo análisis y revisión será preciso hacer pronto, para otorgarle la consideración que merece—, se enlaza, al terminar la primera guerra mundial, con la nueva arquitectura que hace su aparición como consecuencia del empleo del hormigón armado.

Comienza entonces un nuevo período para la arquitectura: la llamada «arquitectura moderna», en términos aun vigentes, que se inicia en el centro de Europa y que se propaga después al resto del mundo. Y la pugna con la arquitectura tradicional con ropajes más o menos clásicos, se mantiene con alternativas a las que no son ajenos los cambios políticos y sociales ocurridos en los distintos países. Es, como consecuencia de uno de estos cambios, con la llegada de los arquitectos emigrados procedentes de Alemania, a la subida del nacionalismo al Poder, cuando los Estados Unidos se incorporan a la corriente. Allí, «lo moderno» se había acusado hasta entonces en la utilización de los materiales aportados por su industria, más que en las formas mismas. Estas habían evolucionado desde los trazados renacentistas y góticos, aplicados a los rascacielos hasta las formas expresivas que manifestaban la construcción de éstos. Pero con la llegada de los arquitectos europeos, el nuevo espíritu se propaga; y la técnica, con la ayuda de aquella poderosísima industria, elige decididamente el llamado «estilo moderno», con el que hoy día se hacen parte de los edificios de aquel país.

Y los nuevos materiales se evidencian en las nuevas formas; lo que antes no era, muchas veces, más que un ensayo, puede considerarse ahora como camino decidido. Y aunque no esté siempre logrado el propósito, se ha conseguido, por de pronto, una arquitectura incorporada a la vida moderna tal como allí se plantea, de la que es consecuencia y que acusa el espíritu a que obedece y la técnica que la produce.

Pero al examinar el desarrollo que en España ha tenido la arquitectura durante los últimos años, se ve que no sólo no ha avanzado, sino que ha retrocedido respecto a los adelantos de técnica y de aplicación de materiales que se hacen en el resto del mundo. Esto se revela simplemente con hojear las revistas extranjeras que nos llegan: parece que no sólo el texto, sino también las imágenes, hablan otro idioma distinto del que nosotros empleamos. Y el cambio en el concepto de la arquitectura es tan grande, que incluso arquitectos que antes habían señalado una pauta en el desenvolvimiento de nuestra arquitectura hacia corrientes renovadoras, hoy día los vemos apegados a unas formas absolutamente convencionales y faltas de actualidad.

Naturalmente, este cambio no ha sido originado por una concepción arquitectónica distinta que haya nacido en nosotros mismos, los arquitectos: es, simplemente, una consecuencia de la reacción ideológica experimentada por el país como consecuencia de nuestra guerra civil. España, para no caer en el caos y en la confusión política, ha necesitado resucitar el viejo espíritu de sus tradiciones; y la arquitectura,

como consecuencia de ello, y obedeciendo estricta e inevitablemente a ese cambio ideológico, ha buscado también en las viejas formas la manera de manifestarse. El Escorial, símbolo de un gran sector de la vida política española, halla su correspondencia exacta en la arquitectura, y las formas de aquel Monasterio orientan y presiden muchas de las más importantes y mejor proyectadas edificaciones que últimamente se han hecho.

Y otra vez estamos en esta encrucijada, en que luchan el convencionalismo de unas formas sin actualidad y el impulso de una técnica que busca su modo de expresión. Y es que, en estas épocas de incertidumbre, todos vacilamos y todos queremos asirnos a una posible verdad. La arquitectura, hoy como siempre, es producto de su época, y como tal se manifiesta. Por ello, el descubrir un nuevo camino tiene que ser obra de todos; no sólo de los arquitectos, sino del ambiente general. La arquitectura no puede hacer sino traducir ese ambiente y, en todo caso, ayudar a crearlo en la medida que le está permitido.

LA POSICION ACTUAL

El problema, si se le quiere considerar seriamente, adquiere el mismo carácter dramático con que hoy se presentan todos los aspectos de la vida actual, porque a las variaciones de ideología, de modo de enfocar los problemas, de necesidades en todos los órdenes, de «vivir», en suma—variaciones todas a las que el arte en general, pero sobre todo la arquitectura, no puede ser ajeno—, se une el cambio que supone la creación y el desarrollo de las nuevas técnicas que han venido a incorporarse a nuestra profesión y de las cuales ni se puede prescindir, ni podemos negar su evidencia. Porque si en pintura, por ejemplo, las evoluciones sucesivas—también ineludibles, aunque muchos pretendan ignorarlo—nacen de modo exclusivo de los cambios del pensamiento y del concepto originarios, en arquitectura esas evoluciones se hubiesen hecho inevitables siguiendo, simplemente, el camino impuesto por los métodos de construcción, que son consecuencia de aquellas nuevas técnicas: en suma, el camino que siempre ha seguido la buena arquitectura de todos los tiempos.

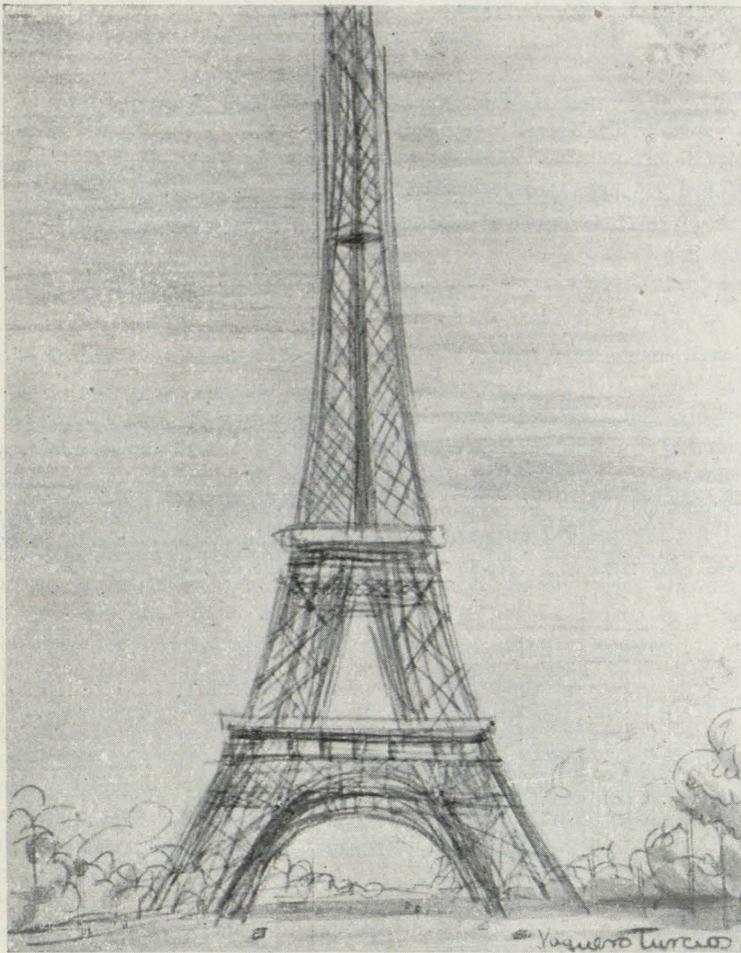
Y ahora, una vez más, la arquitectura se presenta como la consecuencia de un espíritu y de una conciencia colectivos; pero entre nosotros se reacciona hoy por muchos contra la «arquitectura moderna», a la que se acusa de ser una manifestación más de una política de tendencia avanzada. Y esto, que en cierto modo y durante una época fué verdad, porque con este signo concreto se desarrolló por algún tiempo y en algunos países—en Rusia, al principio de su revolución, al tomarse la arquitectura moderna como símbolo de las construcciones del nuevo Estado; en Alemania, en la Escuela Bauhaus, fuertemente ligada a una determinada ideología política y social—, no parece que deba ser suficiente para invalidar de modo definitivo toda una manera de construir que, por otra parte, lleva en sí el germen de una renovación técnica y estética de nuestro oficio.



El rey Don Felipe II.

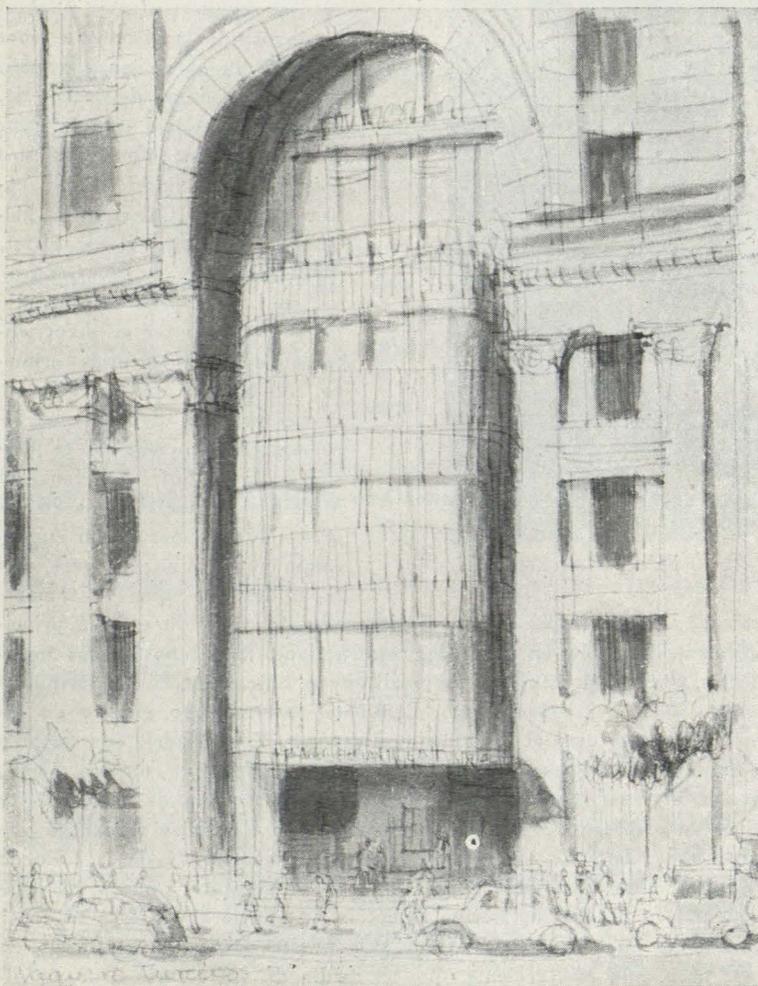
EL EJEMPLO DE LAS GENERACIONES ANTERIORES

Y la postura de querer permanecer ajenos a toda evolución que nos aparte de unas formas absolutamente tradicionales, es más de lamentar si consideramos que no ha sido ése el criterio de la generación que nos ha precedido. Esta, en su época, también tuvo que enfrentarse con un problema análogo al nuestro de hoy, al plantearse el empleo del hierro, entonces el nuevo material de las construcciones arquitectónicas; y prescindiendo de la gigantesca labor revelada fuera de nuestro país, a veces en obras de ingeniería, en que se resolvió con un valor y una honradez que en nuestro ánimo empujado actual causan asombro (Galerías de Máquinas de París, Torre Eiffel, Biblioteca de Santa Genoveva, etc.), en España se pretendió también incorporar a la corriente con evidente valentía: primero, con la clara aplicación de ese nuevo material, el hierro, en las construcciones, como en el interior de la Biblioteca Nacional de Madrid y en tantas otras en las que el hierro aparece sin enmascaramiento alguno; después, con la aportación que al modernismo, entonces representante de la tendencia renovadora, hace principalmente Cataluña, en donde las construcciones de algunos de sus arquitectos revelan el esfuerzo que realizan en buscar una nueva arquitectura a base del conocimiento, dominio y acertadísimo empleo de los materiales que usan al construir y al decorar. Y en Madrid son también ejemplos del mismo propósito obras que, aunque de nuestra época, pasan hoy casi inadvertidas a las nuevas generaciones de arquitectos y que, sin embargo, deberían conocerse más por el empleo verdadero que en ellas se hace de los materiales: la casa número 11 de la calle de Peligros, obra del arquitecto Bellido, y el Monumental Cinerma, de Anasagasti, son pruebas de lo que antecede; y todavía el esfuerzo, en igual sentido de la generación anterior a la nuestra queda de manifiesto en una obra, aún más reciente, que en medio de sus errores de composi-



La Torre Eiffel, resuelta con un valor y honradez que causan asombro en nuestro ánimo.

El Banco Mercantil Industrial, con detalles reveladores de un propósito de verdad arquitectónica.



ción tiene detalles reveladores del mismo propósito de verdad de que hablamos: es el edificio del Banco Mercantil Industrial, en la calle de Alcalá, obra de Palacios, del que la puerta de ingreso y el patio público constituyen ejemplo en ese sentido.

LA ARQUITECTURA MODERNA DE ANTES DE NUESTRA GUERRA

Pero todo esto, aunque de ayer mismo, pertenece ya al pasado y, por tanto, a un concepto distinto al de la «arquitectura moderna» de hoy. Y en ésta los ensayos hechos entre nosotros antes de nuestra guerra civil son casi todos ellos, hemos de decirlo, poco afortunados por lo insinceros. En general, al hacer este tipo de arquitectura se siguió la línea del mínimo esfuerzo: en la mayoría de los casos, una fácil imitación de las formas que del extranjero nos llegaban en libros y revistas suplantó a las que hubieran podido ser originales como resultado de concepciones propias. Y, además, la pobreza de los materiales generalmente empleados para estas obras evidencian aún más el fracaso de sus producciones: casi ninguna ha podido resistir el paso de estos pocos años; y es en verdad terriblemente desconsolador ver cómo obras que en nuestros mismos días se hicieron con aspiraciones de modernidad han dejado por completo de ser actuales: su «modernidad» era «moda» y sus revocos caídos parecen el símbolo de su fracasada pretensión.

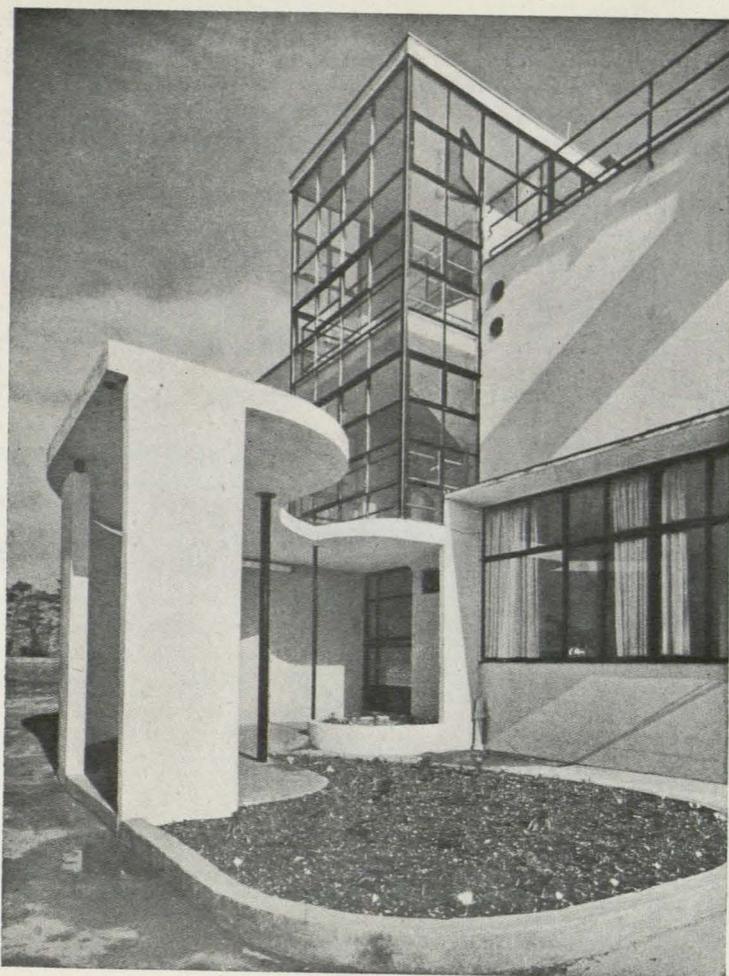
Y, sin embargo, si observamos estas construcciones con un espíritu imparcial, vemos que su significado no ha sido completamente estéril para el desarrollo de nuestra arquitectura. Las más inteligentes de ellas respondían a un propósito de simplicidad que era reacción contra el abuso de elementos y formas que, empleados con un criterio puramente ornamental en años anteriores, habían perdido su verdadero sentido y su valor arquitectónico para convertirse en meros elementos de relleno. Y esa perseguida simplicidad, y la pretendida pureza de formas de las construcciones «modernas»—muchas veces falsamente modernas—, eran los tanteos para encontrar un nuevo camino a la arquitectura más sincero y que respondiese a la época y a los materiales empleados. Por ello estas obras, si no conseguidas, eran, sí, posibilidades que quizá posteriormente se hubiesen desarrollado en otras más afortunadas, de no venir inevitablemente enlazado el desarrollo de nuestra arquitectura con la nueva posición política y espiritual adoptada por España frente a las tendencias ideológicas extrañas. Mas con aquel intento, su misión quedó ya en parte cumplida, porque tan importante en todo movimiento innovador es lo que tiene de iniciación como la enseñanza que nos dicta respecto al pasado; y este fin sí lo cumplían aquellas construcciones.

LA REACCION INEVITABLE

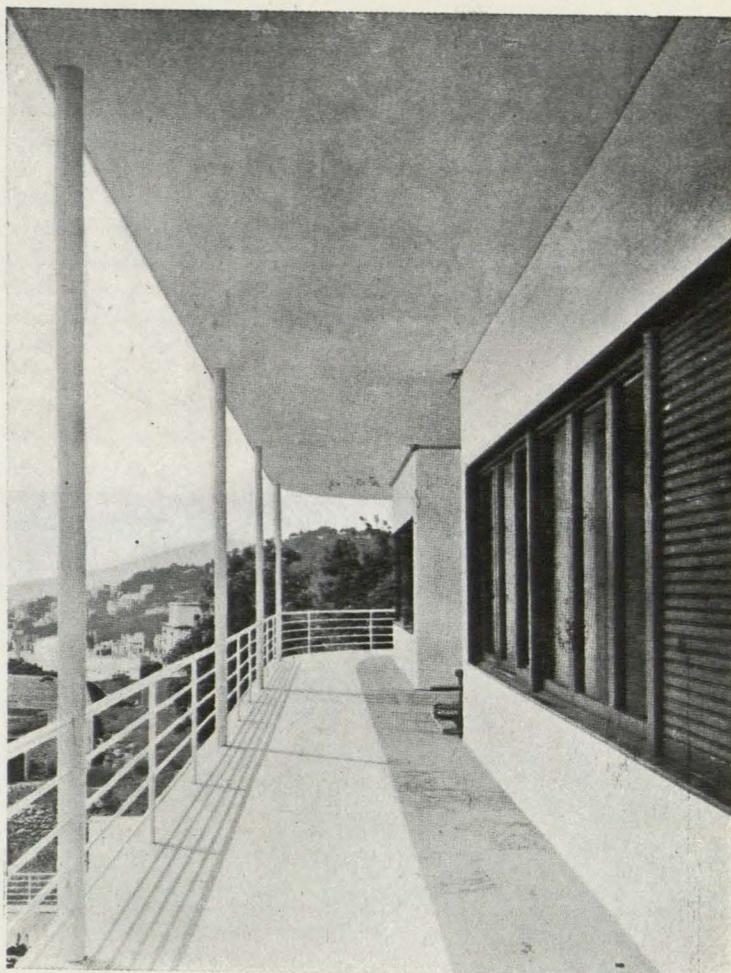
Pero con la terminación de nuestra guerra cambia por completo la orientación de nuestra arquitectura. Y la reacción contra las formas antes empleadas origina una confusión de conceptos que falsea por completo el planteamiento de los problemas. Puede decirse que se rechaza casi en absoluto todo lo que signifique espíritu de «modernidad» en la concepción arquitectónica. Nuestra capacidad creadora se limita ahora a copiar, con mayor o menor fidelidad, las líneas externas tradicionales de la arquitectura española. Queremos seguir aplicando las mismas formas de hace dos y tres siglos a la arquitectura hecha con los materiales y los nuevos sistemas de construcción que hoy tenemos a nuestro alcance; y se pretende suplir con la rebusca en el pasado el vigor y la originalidad que en el presente nos faltan. Se dirá que, sin embargo, aquellas formas lejanas se emplean hoy adaptándolas a las nuevas necesidades; pero este argumento no hace sino evidenciar que esas nuevas necesidades no tienen, en nuestra arquitectura actual, una manifestación formal propia y característica.

Y así se llega hoy a producir una arquitectura absolutamente convencional, por estar situada por completo al margen de los verdaderos problemas que deberían informarla; admirablemente proyectada, eso sí, y a veces cuidadosísima en su ejecución y detalles; pero sin que esta perfección técnica sirva para encubrir la debilidad de las ideas fundamentales. Y es que lo que en estos casos falla no es la técnica, sino el concepto.

Naturalmente, en esta faceta con que la arquitectura se presenta se va con frecuencia, como siempre sucede, por el camino más fácil. Dentro de lo convencional, lo pintoresco es lo más sencillo de entender; y por ello en la arquitectura de hoy triunfa, con un carácter u otro, lo pinto-



Casa en Bristol (1936).



Casa en la provincia de Barcelona (1936).

El elemento anecdótico y pintoresco, de tanto sabor en España, preside de modo fundamental nuestras obras. Y la Andalucía de tiempos pasados ha dado demasiado documento para la arquitectura de hoy.



resco. El elemento anecdótico y pintoresco preside, de modo fundamental, nuestras obras. A veces las construcciones amparan su falta de actualidad dentro de un pretendido *clasicismo*; pero éste es puramente formal, y los elementos que en él se manejan no responden a una función constructiva para la que sean adecuada solución. Nunca la molduración clásica ha sido usada de manera tan postiza y decorativa como hoy; nunca sus formas se han empleado con un sentido más puramente ornamental, independiente de toda idea racionalista, o simplemente constructiva; ni siquiera el material responde al más leve propósito de verdad: porque si el clasicismo es falso, los elementos

bra, y que si no empleamos hoy otros medios para expresarnos sea porque «ya estamos de vuelta de innovaciones y de pasados errores».

Sin embargo, ningún esfuerzo es inútil, y seguramente éste también ha sido beneficioso por habernos señalado un propósito de continuidad respecto a nuestra arquitectura tradicional y una posición contra el desorden y la falsa modernidad del período anterior a nuestra guerra. Pero superada ya la etapa de reacción inevitable, debemos ahora, entre todos —puesto que de todos han sido los errores y de todos debe ser la tarea—, esforzarnos en lograr una arquitectura que sea reflejo de nuestro tiempo.



Nuestra capacidad creadora se limita ahora a copiar, con mayor o menor fidelidad, las líneas externas tradicionales de la arquitectura española. A don Juan de Villanueva se le ha falseado su pensamiento.

que utiliza son de escayola. Y si las formas que por responder a nuevas necesidades se evidencian inevitablemente, aparecen casi siempre enmascaradas a través de ese postizo ropaje exterior.

Y ya por este camino, la anécdota, que en arquitectura representa siempre el valor último y más recusable, no solamente ampara nuevas construcciones, sino que no se detiene ante el respeto que deberían causar edificios antiguos: pues hemos llegado a levantar los revocos exteriores de algunos de éstos para sustituirlos por chapados de ladrillo y darles así «carácter Villanueva», falseando con ello el pensamiento del arquitecto que los construyó. La equivocación no puede aparecer más patente.

LA BUSCA DE UN NUEVO CAMINO

Y es preciso que otra vez hagamos de la arquitectura el arte vivo que ha dejado de ser hace tiempo. Nos hemos refugiado en viejas formas, mas esas formas, que eran actuales en su época y que entonces fueron representativas, no sólo de una técnica, sino también de todo un sistema de ideas, de opinión, e incluso de gobierno, al volverlas a descubrir ahora parece absurdo pretender que con ellas esté dicha la última pala-

No es fácil este empeño; aparte de las dificultades que en sí lleva siempre todo propósito renovador, no hay en la actualidad, como sucedía en otras épocas, una corriente de opinión formada. La arquitectura tiene que ser vacilante porque el gusto lo es. Hoy día la fugacidad de los criterios sucesivos hace que todo sea provisional. Pensar que en estas condiciones vamos a ser los arquitectos quienes, simplemente por nuestro esfuerzo, hayamos de dar forma a esas inestables corrientes de opinión, es pedirnos un esfuerzo superior al que podemos aportar.

Por ello, debemos proceder con cautela en la elección de nuestra nueva manera de expresarnos. Porque, además, no se trata de romper otra vez con el pasado, sino de enraizarlo en un concepto moderno que haga «sucesión» lo que es hoy «mimetismo». Es decir, hemos de ahondar en el auténtico sentido de nuestra tradición arquitectónica, buscando su espíritu a través de sus formas. Es preciso que hagamos una revisión de los conceptos que integran nuestra arquitectura, para determinar cuáles podemos considerar vigentes todavía y cuáles necesario sustituir por otros más de acuerdo con la vida actual.

Y así, la moderna arquitectura deberá mostrarse como el resultado armónico de un pensamiento originario adecuado y una exacta aplicación de los materiales de que disponemos, sin que su enlace con el pasado sea obstáculo para su imprescindible vitalidad.